



Mientras más nos acercamos a Jesús y a su Pasión, más descubrimos su encarnación profunda en medio de los hombres, su participación de todos los dolores y discriminaciones, y la dureza de corazón de quien niega derechos a sus hermanos por no ser como ellos. Detrás de las palabras de condenación de los judíos (no entendemos la palabra judío con sentido de raza, sino como la entiende san Juan, refiriéndose a los opositores de Jesús), encontramos las mismas discriminaciones e injusticias de nuestros tiempos y nadie puede lavarse las manos diciendo que él no ha cometido estas culpas.

Las discusiones versan sobre todo en su origen. No logran entender que de un pueblito pequeño pueda surgir un gran hombre y mucho menos el Mesías. También hoy, tristemente, comprobamos que esta realidad se manifiesta en nuestro medio: despreciamos a los demás por sus orígenes, por su pequeñez, por su sencillez. Qué triste que después de tantos avances, sigamos siendo tan discriminativos.

Lo notamos sobre todo entre los migrantes, los que llegan de lejos a nuestras comunidades, colonias y pueblos... dudamos de ellos porque vienen de fuera. Cristo asumió esta realidad y a pesar de todas sus acciones y a pesar de sus palabras, siempre estuvo en el ojo del huracán. Fue un personaje controvertido. No fue de los privilegiados, sino que compartió el dolor de su pueblo. Sería duro para Él, como lo es para cada uno de nosotros, tener enemigos que nunca quiso tener, saber que hay quien busca darle muerte, que lo odia tanto que lo quiere desaparecer.

Y sin embargo Cristo se mantiene firme en su proyecto del Reino, fiel a la Palabra de su Padre y constante en su entrega a los hermanos. Que la fidelidad de Jesús, que su amor a todos, que su libertad ante los peligros, que su compartir las miserias, hoy también a nosotros nos lleven a descubrir nuestra misión y afrontar las consecuencias de vivir el Evangelio.